

# **Poemas de amor**

*Miguel hernández*



**Antología**

## Índice

En tu angosto silbido está tu quid  
Por de fuera tengo la corteza áspera  
No hieles, viento, ahora  
Era cano y moreno  
Ser onda, oficio, niña es de tu pelo  
A mi gran Josefina adorada  
Pena - bienhallada  
Primavera celosa  
La pena hace silbar, lo he comprobado  
Por una senda van los hortelanos  
Mi corazón no puede con la carga  
Me tiraste un limón, y tan amargo  
Umbrío por la pena, casi bruno  
Fuera menos penado si no fuera  
Una interior cadena de suspiros  
Te me mueres de casta y de sencilla  
Tengo estos huesos hechos a las penas  
Yo sé que ver y oír a un triste enfada  
Por tu pie, la blancura másailable  
¿Recuerdas aquel cuello, haces memoria  
Ya se desembaraza y se desmembra  
Por desplumar arcángeles glaciales  
Como el toro he nacido para el luto  
¿No cesará este rayo que me habita  
Me llamo barro aunque Miguel me llame  
Canción de los vendimiadores  
Me sobra el corazón  
Mi sangre es un camino  
Canción del esposo soldado  
Desde que la vi la adoro  
Espera un poco, Juan mío  
Del diálogo de Pedro y Anal  
Carta  
Canción última  
Cuando paso por tu puerta  
¿Qué quiere el viento de encono  
No salieron jamás  
Si nosotros viviéramos  
El amor ascendía entre nosotros  
Besarse, mujer  
Tus ojos se me van  
Tristes guerras  
Menos tu vientre

Antes del odio  
Después del amor  
El último rincón  
Ropas con su olor  
Llegó tan hondo el beso  
La luciérnaga en celo  
Llueve. Los ojos se ahondan  
Palomar del arrullo  
Dime desde allá abajo  
Déjame que me vaya  
Desde que el alba quiso ser alba, toda eres  
Cantar  
La boca  
Muerte nupcial  
Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío  
Hijo de la luz y de la sombra  
Sonreír con la alegre tristeza del olivo  
Orillas de tu vientre  
Nanas de la cebolla

**En tu angosto silbido está tu quid** <sup>1</sup>

En tu angosto silbido está tu quid,  
y, cohete, te elevas o te abates;  
de la arena, del sol con más quilates,  
lógica consecuencia de la vid.  
Por mi dicha, a mi madre, con tu ardid,  
en humanos hiciste entrar combates.  
Dame, aunque se horroricen los gitanos,  
veneno activo el más, de los manzanos.

**[Por de fuera tengo la corteza áspera]** <sup>2</sup>

... Por de fuera

tengo la corteza áspera,  
pero por de dentro tengo  
tierna de palmito el alma.  
Glorifico lo que toco,  
de altura lo animo y gracia;  
y el que me lleva, llevando  
está la victoria en andas.  
Para llegar al Señor,  
fabrico eternas escalas  
que, sin un arco de dudas,  
suben rectas a su estancia,  
y allí ya, resultan cálices  
y ángeles de bronce y ámbar.  
Muchos miran a mi altura,  
no por los bienes que guarda,  
sino por los que gotea,  
maná de mieles y pasta.  
¡Bienaventurado aquel  
que sin fijarse en mis ramas  
ni en mis frutos llegue a mí  
sólo por amor, por ansia  
de tenerme y de mirarme  
con enamorada rabia!

**[No hieles, viento, ahora]** <sup>3</sup>

No hieles, viento, ahora,  
que se duerma mi cielo  
hasta el día y la aurora.  
No lo dejes de hielo.  
No lo dejes de hielooó...

No lo dejes de hielooó...  
Que estoy enamorada  
de su mata de peloó...  
Pasa, paz, por su frente,  
tu mano sosegada.  
Pasa, paz, de repente,  
que estoy enamorada.  
Nocturno mediodía,  
no levantes el vuelo.  
Alma mía, alma mía,  
no lo dejes de hielo.  
No madrugues, rosada:  
no vengas hoy de prisa,  
que estoy, enamorada,  
fuera de mi camisa.  
Está que arde la nieve  
con la luna lunada;  
está que arde la nieve  
de verme enamorada.  
Dedos de terciopelo  
quisiera para cada  
caricia de mi cielo,  
que estoy enamorada.  
Está la luna en celo  
sobre tornalunada.  
Más pálida que el hielo  
estoy enamorada.

**[Era cano y moreno]**<sup>4</sup>

Era cano y moreno,

alto y mejor mirado que una roca  
florecida de hinojos y cantueso,  
nutrida de jarales.

Como la paz de bueno,  
la regalada llaga de su boca,  
entre la voz y el beso  
destilaba panales.

¡Ay dolor sin compañía!

¡Ay pena sin pareja!

¡Ay qué grande sin él es la cabaña!

¡Ay qué sola sin él está la oveja!

Despiértate a mi queja:

no duermas, que me muero,

no mueras, que no vivo.

¡Válgame, mi cordero!,

¡qué triste!, ¡qué roncerol!,

¡qué blanco!, ¡qué inactivo!

Te dio el sueño un acero,

y para que durmiera

te dieron en la frente

una piedra de mala cabecera.

¡Ay sangre! Espera, espera

que recoja tu vino diligente

antes que haga este monte regadío;

que mi amor no se quede de vacío,

que el sabor de tus venas me alimente.

¡Ay, no te acabes, fuente!

¡Ay, déjame pastar en tus corales

exprimidos por una mano dura!

Soy oveja metida entre zarzales,

si de tu amor mi boca fue pastura.

¡Ay, majada segura!,  
no dejes que me pierda en los alcores  
armados de alacranes y culebras;  
que paste sola agrillo de temores,  
que embarrancada quede en estas quiebras.  
¡Ay flores!

**[Ser onda, oficio, niña, es de tu pelo] <sup>5</sup>**

Ser onda, oficio, niña, es de tu pelo,  
nacida ya para el marero oficio;  
ser graciosa y morena tu ejercicio  
y tu virtud más ejemplar ser cielo.

¡Niña!, cuando tu pelo va de vuelo,  
dando del viento claro un negro indicio,  
enmienda de marfil y de artificio  
ser de tu capilar borrasca anhelo.

No tienes más que hacer que ser hermosa,  
ni tengo más festejo que mirarte,  
alrededor girando de tu esfera.

Satélite de ti, no hago otra cosa,  
si no es una labor de recordarte.  
-¡Date presa de amor, mi carcelera!

**A mi gran Josefina adorada <sup>6</sup>**

Tus cartas son un vino

que me trastorna y son  
el único alimento para mi corazón.

Desde que estoy ausente  
no sé sino soñar,  
igual que el mar tu cuerpo,  
amargo igual que el mar.

Tus cartas apaciento  
metido en un rincón  
y por redil y hierba  
les doy mi corazón.

Aunque bajo la tierra  
mi amante cuerpo esté,  
escribeme, paloma,  
que yo te escribiré.  
Cuando me falte sangre  
con zumo de clavel,  
y encima de mis huesos  
de amor cuando papel.

**Pena – bienhallada** <sup>7</sup>

Ojinegra la oliva en tu mirada,  
boquierna la tórtola en tu risa,  
en tu amor pechiabierta la granada,  
barbioscura en tu frente nieve y brisa.

Rostriazul el clavel sobre tu vena,



malherido el jazmín desde tu planta,  
cejijunta en tu cara la azucena,  
dulciamarga la voz en tu garganta.

Boquitierna, ojinegra, pechiabierta,  
rostriazul, barbiosa, malherida,  
cejijunta te quiero y dulciamarga.

Semiciego por ti llego a tu puerta,  
boquiabierta la llaga de mi vida,  
y agriendulzo la pena que la embarga.

### **Primavera celosa** <sup>8</sup>

Me cogiste el corazón,  
y hoy precipitas su vuelo  
con un abril de pasión  
y con un mayo de celo.

Vehementes frentes tremendas  
de toros de amor vehementes  
a volcanes me encomiendas  
y me arrojas a torrentes.

Del abril al mayo voy  
más celoso que moreno  
y más que celoso estoy  
en mi corazón ameno.

Como de un fácil vergel,  
se apropian de ti y de mí  
la vehemencia del clavel  
y el vellón del alhelí.

Hay gallos de altanería  
alardeando en mis venas  
y en la frondosa alma mía  
mejoranas y azucenas.

Sin sospechar sus gusanos  
llega tu carne a sus plenos,  
y se me encrespan las manos  
y se te encrespan los senos.

Me desazona la planta  
un ansia de enredadera  
y de tu cuerpo y de tanta  
rosa rosal ser quisiera.

Dando fruto a las abejas,  
entre labios y racimos,  
muy cerca de tus orejas  
y de las mías vivimos.

Si a higuera tu beso huele,  
suena y sabe a ruiseñor,  
y abril con amor me duele  
y mayo con flor y amor.

Beso y quiero, quiero y muero;

si nos parte en dos la ausencia,  
pues con vehemencia te quiero,  
me moriré con vehemencia.

**[La pena hace silbar, lo he comprobado]** <sup>9</sup>

La pena hace silbar, lo he comprobado,  
cuando el que pena, pena malherido,  
pena de desamparo desabrido,  
pena de soledad de enamorado.

¿Qué ruy-señor amante no ha lanzado  
pálido, fervoroso y afligido,  
desde la ilustre soledad del nido  
el amoroso silbo vulnerado?

¿Qué tórtola exquisita se resiste  
ante el silencio crudo y favorable  
a expresar su quebranto de viuda?

Silbo en mi soledad, pájaro triste,  
con una devoción inagotable,  
y me atiende la sierra siempre muda.

**[Por una senda van los hortelanos]** <sup>10</sup>

Por una senda van los hortelanos,

que es la sagrada hora del regreso,  
con la sangre injuriada por el peso  
de inviernos, primaveras y veranos.

Vienen de los esfuerzos sobrehumanos  
y van a la canción, y van al beso,  
y van dejando por el aire impreso  
un olor de herramientas y de manos.

Por otra senda yo, por otra senda  
que no conduce al beso aunque es la hora,  
sino que merodea sin destino.

Bajo su frente trágica y tremenda,  
un toro solo en la ribera llora  
olvidando que es toro y masculino.

**[Mi corazón no puede con la carga] <sup>11</sup>**

Mi corazón no puede con la carga  
de su amorosa y lóbrega tormenta  
y hasta mi lengua eleva la sangrienta  
especie clamorosa que lo embarga.

Ya es corazón mi lengua lenta y larga,  
mi corazón ya es lengua larga y lenta...  
¿Quieres contar sus penas? Anda y cuenta  
los dulces granos de la arena amarga.

Mi corazón no puede más de triste:  
con el flotante espectro de un ahogado  
vuela en la sangre y se hunde sin apoyo.

Y ayer, dentro del tuyo, me escribiste  
que de nostalgia tienes inclinado  
medio cuerpo hacia mí, medio hacia el hoyo.

**[Me tiraste un limón, y tan amargo]** <sup>12</sup>

Me tiraste un limón, y tan amargo,  
con una mano cálida, y tan pura,  
que no menoscabó su arquitectura  
y probé su amargura sin embargo.

Con el golpe amarillo, de un letargo  
dulce pasó a una ansiosa calentura  
mi sangre, que sintió la mordedura  
de una punta de seno duro y largo.

Pero al mirarte y verte la sonrisa  
que te produjo el limonado hecho,  
a mi voraz malicia tan ajena,

se me durmió la sangre en la camisa,  
y se volvió el poroso y áureo pecho  
una picuda y deslumbrante pena.

**[Umbrío por la pena, casi bruno]** <sup>13</sup>

Umbrío por la pena, casi bruno,  
porque la pena tizna cuando estalla,  
donde yo no me hallo no se halla  
hombre más apenado que ninguno.

Sobre la pena duermo solo y uno,  
pena es mi paz y pena mi batalla,  
perro que ni me deja ni se calla,  
siempre a su dueño fiel, pero importuno.

Cardos y penas llevo por corona,  
cardos y penas siembran sus leopardos  
y no me dejan bueno hueso alguno.

No podrá con la pena mi persona  
rodeada de penas y de cardos:  
¡cuánto penar para morirse uno!

**[Fuera menos penado si no fuera]** <sup>14</sup>

Fuera menos penado si no fuera  
nardo tu tez para mi vista, nardo,  
cardo tu piel para mi tacto, cardo,  
tuera tu voz para mi oído, tuera.

Tuera es tu voz para mi oído, tuera,

y ardo en tu voz y en tu alrededor ardo,  
y tardo a arder lo que a ofrecerte tardo  
miera, mi voz para la tuya, miera.

Zarza es tu mano si la tiento, zarza,  
ola tu cuerpo si lo alcanzo, ola,  
cerca una vez, pero un millar no cerca.

Garza es mi pena, esbelta y triste garza,  
sola como un suspiro y un ay, sola,  
terca en su error y en su desgracia terca.

**[Una interior cadena de suspiros]** <sup>15</sup>

Una interior cadena de suspiros  
al cuello llevo crudamente echada,  
y en cada ojo, en cada mano, en cada  
labio dos riendas fuertes como tiros.

Cuando a la soledad de estos retiros  
vengo a olvidar tu ausencia inolvidada,  
por menos de un poquito, que es por nada,  
vuelven mis pensamientos a sus giros.

Alrededor de ti, muerto de pena,  
como pájaros negros los extendo  
y en tu memoria pacen poco a poco.

Y angustiado desato la cadena,  
y la voz de las riendas desoyendo,

por el campo del llanto me desboco.

**[Te me mueres de casta y de sencilla]** <sup>16</sup>

Te me mueres de casta y de sencilla:  
estoy convicto, amor, estoy confeso  
de que, raptor intrépido de un beso,  
yo te libé la flor de la mejilla.

Yo te libé la flor de la mejilla,  
y desde aquella gloria, aquel suceso,  
tu mejilla, de escrúpulo y de peso,  
se te cae deshojada y amarilla.

El fantasma del beso delincuente  
el pómulos te tiene perseguido,  
cada vez más patente, negro y grande.

Y sin dormir estás, celosamente,  
vigilando mi boca ¡con qué cuidado!  
para que no se vicie y se desmande.

**[Tengo estos huesos hechos a las penas]** <sup>17</sup>

Tengo estos huesos hechos a las penas  
y a las cavilaciones estas sienes:  
pena que vas, cavilación que vienes



como el mar de la playa a las arenas.

Como el mar de la playa a las arenas,  
voy en este naufragio de vaivenes,  
por una noche oscura de sartenes  
redondas, pobres, tristes y morenas.

Nadie me salvará de este naufragio  
si no es tu amor, la tabla que procuro,  
si no tu voz, el norte que pretendo.

Eludiendo por eso el mal presagio  
de que ni en ti siquiera habré seguro,  
voy entre pena y pena sonriendo.

**[Yo sé que ver y oír a un triste enfada] <sup>18</sup>**

Yo sé que ver y oír a un triste enfada  
cuando se viene y va de la alegría  
como un mar meridiano a una bahía,  
a una región esquiva y desolada.

Lo que he sufrido y nada todo es nada  
para lo que me queda todavía  
que sufrir, el rigor de esta agonía  
de andar de este cuchillo a aquella espada.

Me callaré, me apartaré si puedo  
con mi constante pena instante, plena,

a donde ni has de oírme ni he de verte.

Me voy, me voy, me voy, pero me quedo,  
pero me voy, desierto y sin arena:  
adiós, amor, adiós, hasta la muerte.

**[Por tu pie, la blancura más bailable]** <sup>19</sup>

Por tu pie, la blancura más bailable,  
donde cesa en diez partes tu hermosura,  
una paloma sube a tu cintura,  
baja a la tierra un nardo interminable.

Con tu pie vas poniendo lo admirable  
del nácar en ridícula estrechura,  
y a donde va tu pie va la blancura,  
perro sembrado de jazmín calzable.

A tu pie, tan espuma como playa,  
arena y mar me arrimo y desarrimo  
y al redil de su planta entrar procuro.

Entro y dejo que el alma se me vaya  
por la voz amorosa del racimo:  
pisa mi corazón que ya es maduro.

**[¿Recuerdas aquel cuello, haces memoria] <sup>20</sup>**

¿Recuerdas aquel cuello, haces memoria  
del privilegio aquel, de aquel aquello  
que era, almenadamente blanco y bello,  
una almena de nata giratoria?

Recuerdo y no recuerdo aquella historia  
de marfil expirado en un cabello,  
donde aprendió a ceñir el cisne cuello  
y a vocear la nieve transitoria.

Recuerdo y no recuerdo aquel cogollo  
de estrangulable hielo femenino  
como una lacteada y breve vía.

Y recuerdo aquel beso sin apoyo  
que quedó entre mi boca y el camino  
de aquel cuello, aquel beso y aquel día.

**[Ya se desembaraza y se desmembra] <sup>21</sup>**

Ya se desembaraza y se desmembra  
el angélico lirio de la cumbre,  
y al desembarazarse da un relumbre  
que de un puro relámpago me siembra.

Es el tiempo del macho y de la hembra,  
y una necesidad, no una costumbre,  
besar, amar en medio de esta lumbre  
que el destino decide de la siembra.

Toda la creación busca pareja:  
se persiguen los picos y los huesos,  
hacen la vida por todas las cosas.

En una soledad impar que aqueja,  
yo entre esquilas sonantes como besos  
y corderas atentas como esposas.

**[Por desplumar arcángeles glaciales] <sup>22</sup>**

Por desplumar arcángeles glaciales,  
la nevada lilibal de esbeltos dientes  
es condenada al llanto de las fuentes  
y al desconsuelo de los manantiales.

Por difundir su alma en los metales,  
por dar el fuego al hierro sus orientes,  
al dolor de los yunques inclementes  
lo arrastran los herreros torrenciales.

Al doloroso trato de la espina,  
al fatal desaliento de la rosa

y a la acción corrosiva de la muerte

arrojado me veo, y tanta ruina  
no es por otra desgracia ni otra cosa  
que por quererte y sólo por quererte.

**[Como el toro he nacido para el luto]** <sup>23</sup>

Como el toro he nacido para el luto  
y el dolor, como el toro estoy marcado  
por un hierro infernal en el costado  
y por varón en la ingle con un fruto.

Como el toro lo encuentra diminuto  
todo mi corazón desmesurado,  
y del rostro del beso enamorado,  
como el toro a tu amor se lo disputo.

Como el toro me crezco en el castigo,  
la lengua en corazón tengo bañada  
y llevo al cuello un vendaval sonoro.

Como el toro te sigo y te persigo,  
y dejas mi deseo en una espada,  
como el toro burlado, como el toro.

**[¿No cesará este rayo que me habita]** <sup>24</sup>

¿No cesará este rayo que me habita  
el corazón de exasperadas fieras  
y de fraguas coléricas y herreras  
donde el metal más fresco se marchita?

¿No cesará esta terca estalactita  
de cultivar sus duras cabelleras  
como espadas y rígidas hogueras  
hacia mi corazón que muge y grita?

Este rayo ni cesa ni se agota:  
de mí mismo tomó su procedencia  
y ejercita en mí mismo sus furores.

Esta obstinada piedra de mí brota  
y sobre mí dirige la insistencia  
de sus lluviosos rayos destructores.

**[Me llamo barro aunque Miguel me llame]** <sup>25</sup>

Me llamo barro aunque Miguel me llame.  
Barro es mi profesión y mi destino  
que mancha con su lengua cuanto lame.

Soy un triste instrumento del camino.  
Soy una lengua dulcemente infame  
a los pies que idolatro desplegada.

Como un nocturno buey de agua y barbecho  
que quiere ser criatura idolatrada,

embisto a tus zapatos y a sus alrededores,  
y hecho de alfombras y de besos hecho  
tu talón que me injuria beso y siembro de flores.

Coloco relicarios de mi especie  
a tu talón mordiente, a tu pisada,  
y siempre a tu pisada me adelanto  
para que tu impasible pie desprecie  
todo el amor que hacia tu pie levanto.

Más mojado que el rostro de mi llanto,  
cuando el vidrio lanar del hielo bala,  
cuando el invierno tu ventana cierra  
bajo a tus pies un gavián de ala,  
de ala manchada y corazón de tierra.  
Bajo a tus pies un ramo derretido  
de humilde miel pataleada y sola,  
un despreciado corazón caído  
en forma de alga y en figura de ola.

Barro en vano me invisto de amapola,  
barro en vano vertiendo voy mis brazos,  
barro en vano te muerdo los talones,  
dándote a malheridos aletazos  
sapos como convulsos corazones.

Apenas si me pisas, si me pones  
la imagen de tu huella sobre encima,  
se despedaza y rompe la armadura  
de arrope bipartido que me ciñe la boca  
en carne viva y pura,

pidiéndote a pedazos que la oprima  
siempre tu pie de liebre libre y loca.

Su taciturna nata se arracima,  
los sollozos agitan su arboleda  
de lana cerebral bajo tu paso.  
Y pasas, y se queda  
incendiando su cera de invierno ante el ocaso,  
mártir, alhaja y pasto de la rueda.

Harto de someterse a los puñales  
circulantes del carro y la pezuña,  
teme del barro un parto de animales  
de corrosiva piel y vengativa uña.

Teme que el barro crezca en un momento,  
teme que crezca y suba y cubra tierna,  
tierna y celosamente  
tu tobillo de junco, mi tormento,  
teme que inunde el nardo de tu pierna  
y crezca más y ascienda hasta tu frente.

Teme que se levante huracanado  
del blando territorio del invierno  
y estalle y truene y caiga diluviado  
sobre tu sangre duramente tierno.

Teme un asalto de ofendida espuma  
y teme un amoroso cataclismo.

Antes que la sequía lo consuma



el barro ha de volverte de lo mismo.

**[Canción de los vendimiadores]** <sup>26</sup>

Si vas a la vendimia,  
mi niña, sola,  
volverás con la saya  
de cualquier forma.  
Y a pocos meses  
te rondarán el talle  
sandías verdes.

De la vendimia vengo  
sola, mi niño,  
con la saya ordenada  
y talle fino.  
De la vendimia  
vuelve revuelto el talle  
que se malicia.

A la vendimia, niñas  
vendimiadoras.  
A la vendimia, niña,  
que ya es la hora.

¡Si vendimiara  
el ramo de tu pecho  
y el de tu cara!

A la vendimia, niños

vendimiadores.  
A la vendimia, niño,  
van mis amores.  
Mas con el cuidado  
de no perder las hojas  
ni los racimos.

Enriquezco tu mano  
cortando uvas  
cubiertas por los soles  
y por las lunas.  
¡Ay si quisieras  
que cortara tus besos  
con mis tijeras!

Cuando pisa racimos  
tu abarca verde,  
tu pie se vuelve sangre,  
mi sangre nieve.  
Pisa las uvas,  
que como mis amores  
ya están maduras.

### **Me sobra el corazón** <sup>27</sup>

Hoy estoy sin saber yo no sé cómo,  
hoy estoy para penas solamente,  
hoy no tengo amistad,  
hoy sólo tengo ansias  
de arrancarme de cuajo el corazón

y ponerlo debajo de un zapato.

Hoy reverdece aquella espina seca,  
hoy es día de llantos de mi reino,  
hoy descarga en mi pecho el desaliento  
plomo desalentado.

No puedo con mi estrella.  
Y me busco la muerte por las manos  
mirando con cariño las navajas,  
y recuerdo aquel hacha compañera,  
y pienso en los más altos campanarios  
para un salto mortal serenamente.

Si no fuera ¿por qué?... no sé por qué,  
mi corazón escribiría una postrera carta,  
una carta que llevo allí metida,  
haría un tintero de mi corazón,  
una fuente de sílabas, de adioses y relatos,  
*y ahí te quedas*, al mundo le diría.

Yo nací en mala luna.  
Tengo la pena de una sola pena  
que vale más que toda la alegría.

Un amor me ha dejado con los brazos caídos  
y no puedo tenderlos hacia más.  
¿No veis mi boca qué desengañada,  
qué inconformes mis ojos?

Cuanto más me contemplo más me aflijo:

cortar este dolor ¿con qué tijeras?

Ayer, mañana, hoy  
padeciendo por todo  
mi corazón, pecera melancólica,  
penal de ruiseñores moribundos.

Me sobra corazón.

Hoy descorazonarme,  
yo el más corazonado de los hombres,  
y por el más, también el más amargo.

No sé por qué, no sé por qué ni cómo  
me perdono la vida cada día.

### **Mi sangre es un camino** <sup>28</sup>

Me empuja a martillazos y a mordiscos,  
me tira con bramidos y cordeles  
del corazón, del pie, de los orígenes,  
me clava en la garganta garfios dulces,  
erizo entre mis dedos y mis ojos,  
enloquece mis uñas y mis párpados,  
rodea mis palabras y mi alcoba  
de hornos y herrerías,  
la dirección altera de mi lengua,  
y sembrando de cera su camino  
hace que caiga torpe y derretida.

Mujer, mira una sangre,  
mira una blusa de azafrán en celo,  
mira un capote líquido ciñéndose en mis huesos  
como descomunales serpientes que me oprimen  
acarreando angustia por mis venas.

Mira una fuente alzada de amorosos collares  
y cencerros de voz atribulada  
temblando de impaciencia por ocupar tu cuello,  
un dictamen feroz, una sentencia,  
una exigencia, una dolencia, un río  
que por manifestarse se da contra las piedras,  
y penden para siempre de mis  
relicarios de carne desgarrada.

Mírala con sus chivos y sus toros suicidas  
corneando cabestros y montañas,  
rompiéndose los cuernos a topazos,  
mordiéndose de rabia las orejas,  
buscándose la muerte de la frente a la cola.

Manejando mi sangre, enarbolando  
revoluciones de carbón y yodo,  
agrupando hasta hacerse corazón,  
herramientas de muerte, rayos, hachas,  
y barrancos de espuma sin apoyo,  
ando pidiendo un cuerpo que manchar.

Hazte cargo, hazte cargo  
de una ganadería de alacranes

tan rencorosamente enamorados,  
de un castigo infinito que me parió y me agobia  
como un jornal cobrado en triste plomo.

La puerta de mi sangre está en la esquina  
del hacha y de la piedra,  
pero en ti está la entrada irremediable.

Necesito extender este imperioso reino,  
prolongar a mis padres hasta la eternidad,  
y tiendo hacia ti un puente de arqueados corazones  
que ya se corrompieron y que aún laten.

No me pongas obstáculos que tengo que salvar,  
no me siembres de cárceles,  
no bastan cerraduras ni cementos,  
no, a encadenar mi sangre de alquitrán inflamado  
capaz de despertar calentura en la nieve.

¡Ay qué ganas de amarte contra un árbol,  
ay qué afán de trillarte en una era,  
ay qué dolor de verte por la espalda  
y no verte la espalda contra el mundo!

Mi sangre es un camino ante el crepúsculo  
de apasionado barro y charcos vaporosos  
que tiene que acabar en tus entrañas,  
un depósito mágico de anillos  
que ajustar a tu sangre,  
un sembrado de lunas eclipsadas  
que han de aumentar sus calabazas íntimas,

ahogadas en un vino con canas en los labios,  
al pie de tu cintura al fin sonora.

Guárdame de sus sombras que graznan fatalmente  
girando en torno mío a picotazos,  
girasoles de cuervos borrascosos.  
No me consientas ir de sangre en sangre  
como una bala loca,  
no me dejes tronar solo y tendido.

Pólvora venenosa propagada,  
ornado por los ojos de tristes pirotecnias,  
panal horriblemente acribillado  
con un mínimo rayo doliendo en cada poro,  
gremio fosforescente de acechantes tarántulas  
no me consientas ser. Atiende, atiende  
a mi desesperado sonreír,  
donde muerdo la hiel por sus raíces  
por las lluviosas penas recorrido.  
Recibe esta fortuna sedienta de tu boca  
que para ti heredé de tanto padre.

### **Canción del esposo soldad** <sup>29</sup>

He poblado tu vientre de amor y sementera,  
he prolongado el eco de sangre a que respondo  
y espero sobre el surco como el arado espera:  
he llegado hasta el fondo.

Morena de altas torres, alta luz y ojos altos,  
esposa de mi piel, gran trago de mi vida,  
tus pechos locos crecen hacia mí dando saltos  
de cierva concebida.

Ya me parece que eres un cristal delicado,  
temo que te me rompas al más leve tropiezo,  
y a reforzar tus venas con mi piel de soldado  
fuera como el cerezo.

Espejo de mi carne, sustento de mis alas,  
te doy vida en la muerte que me dan y no tomo.  
Mujer, mujer, te quiero cercado por las balas,  
ansiado por el plomo.

Sobre los ataúdes feroces en acecho,  
sobre los mismos muertos sin remedio y sin fosa  
te quiero, y te quisiera besar con todo el pecho  
hasta en el polvo, esposa.

Cuando junto a los campos de combate te piensa  
mi frente que no enfría ni aplaca tu figura,  
te acercas hacia mí como una boca inmensa  
de hambrienta dentadura.

Escríbeme a la lucha, siénteme en la trinchera:  
aquí con el fusil tu nombre evoco y fijo,  
y defendiendo tu vientre de pobre que me espera,  
y defendiendo tu hijo.

Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado,



envuelto en un clamor de victoria y guitarras,  
y dejaré a tu puerta mi vida de soldado  
sin colmillos ni garras.

Es preciso matar para seguir viviendo.  
Un día iré a la sombra de tu pelo lejano.  
Y dormiré en la sábana de almidón y de estruendo  
cosida por tu mano.

Tus piernas implacables al parto van derechas,  
y tu implacable boca de labios indomables,  
y ante mi soledad de explosiones y brechas  
recorres un camino de besos implacables.

Para el hijo será la paz que estoy forjando.  
Y al fin en un océano de irremediables huesos  
tu corazón y el mío naufragarán, quedando  
una mujer y un hombre gastados por los besos.

**[Desde que la vi la adoro]** <sup>30</sup>

Desde que la vi la adoro  
y aún antes diría yo.

El toro la echó en mis brazos,  
y por defenderla de él  
siento duros aletazos  
de hierro y fuego en la piel.

La parte de mi pechera  
que con su cuerpo rozara  
se ha vuelto una primavera  
de luz amorosa y clara.

Que con el toque ligero  
de sus vestidos flotantes  
provocó en ella un reguero  
de luciérnagas brillantes.

Sonó su voz en mi oído  
con cara de ruiseñor,  
y en mi oreja ha florecido,  
como un cuchillo, un amor.

.....  
.....

La que cultiva mi vida  
se fue sin decirme adiós,  
y me recorrió una herida  
que me abrió la vida en dos.

Quedé queriendo gemir,  
una pura herida hecho,  
y al verla despacio ir  
me dolió despacio el pecho.

Me había impuesto su seno  
un olor de mejorana  
y un sabor de pan moreno

en mi chaleco de pana.

Mis manos, que en su figura  
puse, olí con avaricia,  
y un rumor de espuma oscura  
me quedó de su caricia.

**[Espera un poco, Juan mío]** <sup>31</sup>

Espera un poco, Juan mío,  
respira un poco, despierta  
un poco... ¡Muerto está, frío  
está y anhelo estar muerta!  
¿Qué monte de pesadumbre  
y de desventura soy,  
que me arrebatan la lumbré  
cuando a calentarme voy?  
¿No he de verte vivo más?  
¿Y quién revivirte puede?  
Ni el agua se vuelve atrás ni la vida retrocede.

.....  
.....

De amapola en amapola  
iban, y de beso en beso,  
tus ojos de carne sola,  
tu boca de carne y hueso.  
Recogeré tu saliva  
espumosa y colmenera,

y la pondré mientras viva  
en mi corazón de cera.  
Viento que no bebe viento,  
nido despoblado, nido,  
polvoriento, polvoriento,  
ido para siempre, ido.  
Gime mi garganta, gime...  
Ven a mi regazo, ven...  
Dime, primo hermano, dime  
quién te ha malherido, quién.  
Rebrota en sangre, rebrota  
fuerte como el olmo fuerte,  
poco a poco, gota a gota,  
vida a vida, muerte a muerte.  
Puerto has encontrado, puerto,  
navío, dulce navío,  
muerto ante mis ojos, muerto,  
frío para siempre, frío.  
Me acomete una desgana  
mortal, amor, porque sé  
que te buscaré mañana  
y ya no te encontraré.  
¡Ha muerto Juan, el airoso  
de voz y de movimiento,  
y al quedar él en reposo  
se quedó el aire sin viento!

**[Del diálogo de Pedro y Ana]** <sup>32</sup>

*Pedro.* Yo, cuando quiero, no quiero

más que una cosa y eterna.

*Ana.* Entonces, ¿por qué te vas?

*Pedro.* Porque te quiero sin tregua.

Porque mi querer no acaba  
en ti, mujer: que en ti empieza.

Yo te quiero hasta tus hijos  
y hasta los hijos que tengan.

Yo no te quiero en ti sola:  
te quiero en tu descendencia.

Porque te quiero me voy  
camino de la pelea,  
para que los hijos tuyos  
y los hijos de las hembras  
de tus hijos, reconozcan  
una vida menos vieja,  
menos injusta, más pura  
que ésta que, como herencia  
maldecida, han recibido  
nuestras manos jornaleras.

¡Eh, jornaleros del alba,  
salid de vuestras viviendas,  
salid de vuestros arados  
y de vuestras barbecheras!

Venid conmigo a luchar  
por los hijos que ahora empiezan  
a moverse y a cavar  
en las entrañas maternas.

## **Carta** <sup>33</sup>

El palomar de las cartas  
abre su imposible vuelo  
desde las trémulas mesas  
donde se apoya el recuerdo,  
la gravedad de la ausencia,  
el corazón, el silencio.

Oigo un latido de cartas  
navegando hacia su centro.

Donde voy, con las mujeres  
y con los hombres me encuentro,  
malheridos por la ausencia,  
desgastados por el tiempo.

Cartas, relaciones, cartas:  
tarjetas postales, sueños,  
fragmentos de la ternura  
proyectados en el cielo,  
lanzados de sangre a sangre  
y de deseo a deseo.

Aunque bajo la tierra  
mi amante cuerpo esté,  
escribeme a la tierra,  
que yo te escribiré.

En un rincón enmudecen  
cartas viejas, sobres viejos,

con el color de la edad  
sobre la escritura puesto.  
Allí perecen las cartas  
llenas de estremecimientos.  
Allí agoniza la tinta  
y desfallecen los pliegos,  
y el papel se agujerea  
como un breve cementerio  
de las pasiones de antes,  
de los amores de luego.

*Aunque bajo la tierra  
mi amante cuerpo esté,  
escribeme a la tierra,  
que yo te escribiré.*

Cuando te voy a escribir  
se emocionan los tinteros:  
los negros tinteros fríos  
se ponen rojos y trémulos,  
y un claro calor humano  
sube desde el fondo negro.

Cuando te voy a escribir,  
te van a escribir mis huesos:  
te escribo con la imborrable  
tinta de mi sentimiento.

Allá va mi carta cálida,  
paloma forjada al fuego,  
con las dos alas plegadas

y la dirección en medio.  
Ave que sólo persigue,  
para nido y aire y cielo,  
carne, manos, ojos tuyos,  
y el espacio de tu aliento.

Y te quedarás desnuda  
dentro de tus sentimientos,  
sin ropa, para sentirla  
del todo contra tu pecho.

*Aunque bajo la tierra  
mi amante cuerpo esté,  
escribeme a la tierra,  
que yo te escribiré.*

Ayer se quedó una carta  
abandonada y sin dueño,  
volando sobre los ojos  
de alguien que perdió su cuerpo.  
Cartas que se quedan vivas  
hablando para los muertos:  
papel anhelante, humano,  
sin ojos que puedan serlo.

Mientras los colmillos crecen,  
cada vez más cerca siento  
la leve voz de tu carta  
igual que un clamor inmenso.  
La recibiré dormido,  
si no es posible despierto.



Y mis heridas serán  
los derramados tinteros,  
las bocas estremecidas  
de recordar tus besos,  
y con su inaudita voz  
han de repetir: te quiero.

**Canción última** <sup>34</sup>

Pintada, no vacía:  
pintada está mi casa  
del color de las grandes  
pasiones y desgracias.

Regresará del llanto  
adonde fue llevada  
con su desierta mesa,  
con su ruínosa cama.

Florecerán los besos  
sobre las almohadas.  
Y en torno de los cuerpos  
elevantá la sábana  
su intensa enredadera  
nocturna, perfumada.

El odio se amortigua  
detrás de la ventana.

Será la garra suave.

Dejadme la esperanza.

**[Cuando paso por tu puerta]** <sup>35</sup>

Cuando paso por tu puerta  
la tarde me viene a herir  
con su hermosura desierta  
que no acaba de morir.

Tu puerta no tiene casa  
ni calle: tiene un camino  
por donde la tarde pasa  
como un agua sin destino.

Tu puerta tiene una llave  
que para todos rechina.  
En la tarde hermosa y grave  
ni una sola golondrina.

Hierbas en tu puerta crecen  
de ser tan poco pisada,  
todas las cosas padecen  
sobre la tarde abrasada.

La piel de tu puerta encierra  
un lecho que compartir.  
La tarde no encuentra tierra  
donde ponerse a morir.

Lleno de un siglo de ocasos  
de una tarde azul de abierta,  
hundo en tu puerta mis pasos  
y no sales a tu puerta.

En tu puerta no hay ventana  
por donde poderte hablar.  
Tarde, hermosura lejana  
que nunca podré lograr.

Y la tarde azul corona  
tu puerta gris, de vacía.  
Y la noche se amontona  
sin esperanzas de día.

**[¿Qué quiere el viento de encono] <sup>36</sup>**

¿Qué quiere el viento de encono  
que baja por el barranco  
y violenta las ventanas  
mientras te visto de abrazos?

Derribarnos, arrastrarnos.

Derribadas, arrastradas,  
las dos sangres se alejaron.  
¿Qué sigue queriendo el viento  
cada vez más enconado?

Separarnos.

**[No salieron jamás]** <sup>37</sup>

No salieron jamás  
del vergel del abrazo,  
y ante el rojo rosal  
de los besos rodaron.

Huracanes quisieron  
con rencor separarlos.  
Y las hachas tajantes.  
Y los rígidos rayos.

Aumentaron la tierra  
de las pálidas manos.  
Precipicios midieron  
por el viento impulsados  
entre bocas deshechas.  
Recorrieron naufragios  
cada vez más profundos,  
en sus cuerpos, sus brazos.

Perseguidos, hundidos  
por un gran desamparo  
de recuerdos y lunas,  
de noviembres y marzos,  
aventados se vieron:

pero siempre abrazados.

**[Si nosotros viviéramos]** <sup>38</sup>

Si nosotros viviéramos  
lo que la rosa, con su intensidad,  
el profundo perfume de los cuerpos  
sería mucho más.

¡Ay, breve vida intensa  
de un día de rosales secular,  
pasaste por la casa  
igual, igual, igual  
que un meteoro herido, perfumado  
de hermosura y verdad!

La huella que has dejado es un abismo  
con ruinas de rosal  
donde un perfume que no cesa hace  
que vayan nuestros cuerpos más allá.

**[El amor ascendía entre nosotros]** <sup>39</sup>

El amor ascendía entre nosotros  
como la luna entre las dos palmeras  
que nunca se abrazaron.

El íntimo rumor de los dos cuerpos  
hacia el arrullo un oleaje trajo,  
pero la ronca voz fue atenazada,  
fueron pétreos los labios.

El ansia de ceñir movió la carne,  
esclareció los huesos inflamados,  
pero los brazos al querer tenderse murieron en los brazos.

Pasó el amor, la luna, entre nosotros  
y devoró los cuerpos solitarios.  
Y somos dos fantasmas que se buscan  
y se encuentran lejanos.

**[Besarse, mujer]** <sup>40</sup>

Besarse, mujer,  
al sol, es besarnos  
en toda la vida.  
Ascienden los labios  
eléctricamente  
vibrantes de rayos,  
con todo el furor  
de un sol entre cuatro.

Besarse a la luna,  
mujer, es besarnos  
en toda la muerte.  
Descienden los labios

con toda la luna  
pidiendo su ocaso,  
del labio de arriba,  
del labio de abajo,  
gastada y helada  
y en cuatro pedazos.

**[Tus ojos se me van]** <sup>41</sup>

Tus ojos se me van  
de mis ojos y vuelven  
después de recorrer  
un páramo de ausentes.

Tu boca se me marcha  
de mi boca y regresa  
con varios besos muertos  
que aún laten, que aún quisieran.

Tus brazos se desploman  
en mis brazos y ascienden  
retrocediendo ante esa  
desolación que sientes.

Otoño de tu cuerpo,  
aún mi calor lo vence.

**[Tristes guerras]** <sup>42</sup>

Tristes guerras  
si no es amor la empresa.

Tristes, tristes.

Tristes armas  
si no son las palabras.

Tristes, tristes.

Tristes hombres  
si no mueren de amores.

Tristes, tristes.

**[Menos tu vientre]** <sup>43</sup>

Menos tu vientre,  
todo es confuso.

Menos tu vientre,  
todo es futuro  
fugaz, pasado  
baldío, turbio.

Menos tu vientre,  
todo es oculto.



Menos tu vientre  
todo inseguro,  
todo postrero,  
polvo sin mundo.

Menos tu vientre  
todo es oscuro.  
Menos tu vientre  
claro y profundo.

### **Antes del odio** <sup>44</sup>

Beso soy, sombra con sombra.  
Beso, dolor con dolor,  
por haberme enamorado,  
corazón sin corazón,  
de las cosas, del aliento,  
sin sombras de la creación.  
Sed con agua en la distancia,  
pero sed alrededor.  
Corazón en una copa  
donde me lo bebo yo  
y no se lo bebe nadie,  
nadie sabe su sabor.  
Odio, vida: ¡cuánto odio  
sólo por amor!

No es posible acariciarte  
con las manos que me dio  
el fuego de más deseo,

el ansia de más ardor.

Varias alas, varios vuelos  
abatien en ellas hoy  
hierros que cercan las venas  
y las muerden con rencor.  
Por amor, vida, abatido,  
pájaro sin remisión.  
Sólo por amor odiado,  
sólo por amor.

Amor, tu bóveda arriba  
y yo abajo siempre, amor,  
sin otra luz que estas ansias,  
sin otra iluminación.  
Mírame aquí encadenado,  
escupido, sin calor  
a los pies de la tiniebla  
más súbita, más feroz,  
comiendo pan y cuchillo  
como buen trabajador  
y a veces cuchillo sólo,  
sólo por amor.

Todo lo que significa  
golondrinas, ascensión,  
claridad, anchura, aire,  
decidido espacio, sol,  
horizonte aleteante,  
sepultado en un rincón.  
Espesura, mar, desierto,

sangre, monte rodador,  
libertades de mi alma  
clamorosas de pasión,  
desfilando por mi cuerpo,  
donde no se quedan, no,  
pero donde se despliegan,  
sólo por amor.

Porque dentro de la triste  
guirnalda del eslabón,  
del sabor a carcelero  
constante y a paredón,  
y a precipicio en acecho,  
alto, alegre, libre soy.  
Alto, alegre, libre, libre,  
sólo por amor.

No, no hay cárcel para el hombre.  
No podrán atarme, no.  
Este mundo de cadenas  
me es pequeño y exterior.  
¿Quién encierra una sonrisa?  
¿Quién amuralla una voz?  
A lo lejos tú, más sola  
que la muerte, la una y yo.  
A lo lejos tú, sintiendo  
en tus brazos mi prisión,  
en tus brazos donde late  
la libertad de los dos.  
Libre soy, siénteme libre.  
Sólo por amor.

## **Después del amor** <sup>45</sup>

No pudimos ser. La tierra  
no pudo tanto. No somos  
cuanto se propuso el sol  
en un anhelo remoto.  
Un pie se acerca a lo claro.  
En lo oscuro insiste el otro.  
Porque el amor no es perpetuo  
en nadie, ni en mí tampoco.  
El odio aguarda un instante  
dentro del carbón más hondo.  
Rojo es el odio y nutrido.  
El amor, pálido y solo.

Cansado de odiar, te amo.  
Cansado de amar, te odio.

Llueve tiempo, llueve tiempo.  
Y un día triste entre todos,  
triste por toda la tierra,  
triste desde mí hasta el lobo,  
dormimos y despertamos  
con un tigre entre los ojos.

Piedras, hombres como piedras,  
duros y plenos de encono,  
chocan en el aire, donde

chocan las piedras de pronto.

Soledades que hoy rechazan  
y ayer juntaban sus rostros.

Soledades que en el beso  
guardan el rugido sordo.

Soledades para siempre.

Soledades sin apoyo.

Cuerpos como un mar voraz,  
entrechocando, furioso.

Solitariamente atados  
por el amor, por el odio,  
por las venas surgen hombres,  
cruzan las ciudades, torvos.

En el corazón arraiga  
solitariamente todo.  
Huellas sin campaña quedan  
como en el agua, en el fondo.  
Sólo una voz, a lo lejos,  
siempre a lo lejos la oigo,  
acompaña y hace ir  
igual que el cuello a los hombros.

Sólo una voz me arrebató  
este armazón espinoso  
de vello retrocedido  
y erizado que me pongo.

Los secos vientos no pueden  
secar los mares jugosos.  
Y el corazón permanece  
fresco en su cárcel de agosto  
porque esa voz es el arma  
más tierna de los arroyos:

«Miguel: me acuerdo de ti  
después del sol y del polvo,  
antes de la misma luna,  
tumba de un sueño amoroso».

Amor: aleja mi ser  
de sus primeros escombros,  
y edificándome, dicta  
una verdad como un soplo.

Después del amor, la tierra.  
Después de la tierra, todo.

### **El último rincón** <sup>46</sup>

El último y el primero:  
rincón para el sol más grande,  
sepultura de esta vida  
donde tus ojos no caben.  
Allí quisiera tenderme  
para desenamorarme.  
Por el olivo lo quiero,

lo percibo por la calle,  
se sume por los rincones  
donde se sumen los árboles.  
Se ahonda y hace más honda  
la intensidad de mi sangre.  
Carne de mi movimiento,  
huesos de ritmos mortales,  
me muero por respirar  
sobre vuestros ademanes.  
Corazón que entre dos piedras  
ansiosas de machacarle,  
de tanto querer te ahogas  
como un mar entre dos mares.  
De tanto querer me ahogo,  
y no es posible ahogarme.  
¿Qué hice para que pusieran  
a mi vida tanta cárcel?  
Tu pelo donde lo negro  
ha sufrido las edades  
de la negrura más firme,  
y la más emocionante:  
tu secular pelo negro  
recorro hasta remontarme  
a la negrura primera  
de tus ojos y tus padres;  
al rincón de pelo denso  
donde relampagueaste.  
Ay, el rincón de tu vientre;  
el callejón de tu carne:  
el callejón sin salida  
donde agonice una tarde.

La pólvora y el amor  
marchan sobre las ciudades  
deslumbrando, removiendo  
la población de la sangre.  
El naranjo sabe a vida  
y el olivo a tiempo sabe  
y entre el clamor de los dos  
mi corazón se debate.  
El último y el primero:  
náufrago rincón, estanque  
de saliva detenida  
sobre su amoroso cauce.  
Siesta que ha entenebrecido  
el sol de las humedades.  
Allí quisiera tenderme  
para desenamorarme.  
Después del amor, la tierra.  
Después de la tierra, nadie.

**[Ropas con su olor]** <sup>47</sup>

Ropas con su olor,  
paños con su aroma.

Se alejó en su cuerpo,  
me dejó en sus ropas.

Lecho sin calor,  
sábana de sombra.



Se ausentó en su cuerpo.  
Se quedó en sus ropas.

**[Llegó tan hondo el beso]** <sup>48</sup>

Llegó tan hondo el beso  
que traspasó y emocionó los muertos.

El beso trajo un brío  
que arrebató la boca de los vivos.

El hondo beso grande  
sintió breves los labios al ahondarse.

El beso aquel que quiso  
cavar los muertos y sembrar los vivos.

**[La luciérnaga en celo]** <sup>49</sup>

La luciérnaga en celo  
relumbra más.

La mujer sin el hombre  
apagada va.

Apagado va el hombre  
sin luz de mujer.

La luciérnaga en celo  
se deja ver.

**[Llueve. Los ojos se ahondan]** <sup>50</sup>

Llueve. Los ojos se ahondan  
buscando tus ojos, esos  
dos ojos que se alejaron  
a la sombra cuenca adentro.  
Mirada con horizontes  
cálidos y fondos tiernos,  
íntimamente alentada  
por un sol de íntimo fuego  
que era en las pestañas negra  
coronación de los sueños.

Mirada negra y dorada,  
hecha de dardos directos,  
signo de un alma en lo alto  
de todo lo verdadero.

Llueve como si llorara  
raudales un ojo inmenso,  
un ojo gris desangrado,  
pisoteado en el cielo.

Llueve sobre tus dos ojos  
negros, negros, negros, negros,  
y llueve como si el agua

verdes quisiera volverlos.

¿Volverán a florecer?  
Si a través de tantos cuerpos  
que ya combaten la flor  
renovaran su ascua... Pero  
seguirán bajo la lluvia  
para siempre, mustios, secos.

**[Palomar del arrullo]** <sup>51</sup>

Palomar del arrullo  
fue la habitación.  
Provocabas palomas  
con el corazón.

Palomar, palomar  
derribado, desierto,  
sin arrullo por nunca jamás.

**[Dime desde allá abajo]** <sup>53</sup>

Dime desde allá abajo  
la palabra te quiero.

¿Hablas bajo la tierra?  
Hablo con el silencio.

¿Quieres bajo la tierra?  
Bajo la tierra quiero  
porque hacia donde corras  
quiere correr mi cuerpo.

Ardo desde allí abajo  
y alumbro tus recuerdos.

**[Déjame que me vaya]** <sup>53</sup>

Déjame que me vaya,  
madre, a la guerra.

Déjame, blanca hermana,  
novia morena. ¡Déjame!

Y después de dejarme  
junto a las balas,  
mándame a la trinchera  
besos y cartas.

¡Mándame!

**[Desde que el alba quiso ser alba, toda eres]** <sup>54</sup>

Desde que el alba quiso ser alba, toda eres

madre. Quiso la luna profundamente llena.  
En tu dolor lunar he visto dos mujeres,  
y un removido abismo bajo una luz serena.

¡Qué olor a madre selva desgarrada y hendida!  
¡Qué exaltación de labios y honduras generosas!  
Bajo las huecas ropas aleteó la vida,  
y se sintieron vivas bruscamente las cosas.

Eres más clara. Eres más tierna. Eres más suave.  
Ardes y te consumes con más recogimiento.  
El nuevo amor te inspira la levedad del ave  
y ocupa los caminos pausados de tu aliento.

Ríe, porque eres madre con luna. Así lo expresa  
tu palidez rendida de recorrer lo rojo;  
y ese cerezo exhausto que en tu corazón pesa,  
y el ascua repentina que te agiganta el ojo.

Ríe, que todo ríe: que todo es madre leve.  
Profundidad del mundo sobre el que te has quedado  
sumiéndote y ahondándote mientras la luna mueve,  
igual que tú, su hermosa cabeza hacia otro lado.

Nunca tan parecida tu frente al primer cielo.  
Todo lo abres, todo lo alegras, madre, aurora.  
Vienen rodando el hijo y el sol. Arcos de anhelo  
te impulsan. Eres madre. Sonríe. Ríe. Llorra.

Es la casa un palomar  
y la cama un jazminero.  
Las puertas de par en par  
y en el fondo el mundo entero.

El hijo, tu corazón  
madre que se ha engrandecido.  
Dentro de la habitación  
todo lo que ha florecido.

El hijo te hace un jardín,  
y tú has hecho al hijo, esposa,  
la habitación del jazmín,  
el palomar de la rosa.

Alrededor de tu piel  
ato y desato la mía.  
Un mediodía de miel  
rezumas: un mediodía.

¿Quién en esta casa entró  
y la apartó del desierto?  
Para que me acuerde yo  
alguien que soy yo y ha muerto.

Viene la luz más redonda  
a los almendros más blancos.  
La vida, la luz se ahonda  
entre muertos y barrancos.

Venturoso es el futuro,

como aquellos horizontes  
de pórfido y mármol puro  
donde respiran los montes.

Arde la casa encendida  
de besos y sombra amante.  
No puede pasar la vida  
más honda y emocionante.

Desbordadamente sorda  
la leche alumbra tus huesos.  
Y la casa se desborda  
con ella, el hijo y los besos.

Tú, tu vientre caudaloso,  
el hijo y el palomar.  
Esposa, sobre tu esposo  
suenan los pasos del mar.

### **La boca** <sup>56</sup>

Boca que arrastra mi boca:  
boca que me has arrastrado:  
boca que vienes de lejos  
a iluminarme de rayos.  
Alba que das a mis noches  
un resplandor rojo y blanco.  
Boca poblada de bocas:  
pájaro lleno de pájaros.

Canción que vuelve las alas  
hacia arriba y hacia abajo.  
Muerte reducida a besos,  
a sed de morir despacio,  
dando a la grana sangrante  
dos lúcidos aletazos.  
El labio de arriba el cielo  
y la tierra el otro labio.

Beso que rueda en la sombra:  
beso que viene rodando  
desde el primer cementerio  
hasta los últimos astros.

Astro que tiene tu boca  
enmudecido y cerrado,  
hasta que un roce celeste  
hace que vibren sus párpados.  
Beso que va a un porvenir  
de muchachas y muchachos,  
que no dejarán desiertos  
ni las calles ni los campos.

¡Cuántas bocas enterradas,  
sin boca, desenterramos!

Bebo en tu boca por ellos,  
brindo en tu boca por tantos  
que cayeron sobre el vino  
de los amorosos vasos.  
Hoy son recuerdos. Recuerdos.



Besos distantes y amargos.

Hundo en tu boca mi vida,  
oigo rumores de espacios.  
Y el infinito parece  
que sobre mí se ha volcado.

He de volverte a besar.  
He de volver, hundo, caigo,  
mientras descenden los siglos  
hacia los hondos barrancos.

Como una febril nevada  
de besos y enamorados.

Boca que desenterraste  
el amanecer más claro  
con tu lengua. Tres palabras,  
tres fuegos has heredado:  
vida, muerte, amor. Ahí quedan  
escritos sobre tus labios.

Muerte nupcial <sup>57</sup>

El lecho, aquella yerba de ayer y de mañana:  
este lienzo de ahora sobre madera aún verde,  
flota como la tierra, se sume en la besana  
donde el deseo encuentra los ojos y los pierde.

Pasar por unos ojos como por un desierto:  
como por dos ciudades que ni un amor contienen.  
Mirada que va y vuelve sin haber descubierto  
el corazón a nadie, que todos la enarenen.

Mis ojos encontraron en un rincón los tuyos.  
Se descubrieron mudos entre las dos miradas.  
Sentimos recorrernos un palomar de arrullos  
y un grupo de arrebatos de alas arrebatadas.

Cuanto más se miraban más se hallaban: más hondos  
se veían, más lejos, más en uno fundidos.  
El corazón se puso, y el mundo, más redondos.  
Atravesaba el lecho la patria de los nidos.

Entonces, el anhelo creciente, la distancia  
que va de hueso a hueso recorrida y unida,  
al aspirar del todo la imperiosa fragancia,  
proyectamos los cuerpos más allá de la vida.

Espiramos del todo. ¡Qué absoluto portento!  
¡Qué total fue la dicha de mirarse abrazados,  
desplegados los ojos hacia arriba un momento,  
y al momento hacia abajo con los ojos plegados!

Pero no moriremos. Fue tan cálidamente  
consumada la vida como el sol, su mirada.  
No es posible perdernos. Somos plena simiente.  
Y la muerte ha quedado, con los dos, fecundada.

**[Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío]** <sup>58</sup>

Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío:  
claridad absoluta, transparencia redonda.  
Limpidez cuya entraña, como el fondo del río,  
con el tiempo se afirma, con la sangre se ahonda.

¿Qué lucientes materias duraderas te han hecho,  
corazón de alborada, carnación matutina?  
Yo no quiero más día que el que exhala tu pecho.  
Tu sangre es la mañana que jamás se termina.

No hay más luz que tu cuerpo, no hay más sol: todo ocaso.  
Yo no veo las cosas a otra luz que tu frente.  
La otra luz es fantasma, nada más, de tu paso.  
Tu insondable mirada nunca gira al poniente.

Claridad sin posible declinar. Suma esencia  
del fulgor que ni cede ni abandona la cumbre.  
Juventud. Limpidez. Claridad. Transparencia  
acercando los astros más lejanos de lumbre.

Claro cuerpo moreno de calor fecundante.  
Hierba negra el origen; hierba negra las sienes.  
Trago negro los ojos, la mirada distante.  
Día azul. Noche clara. Sombra clara que vienes.

Yo no quiero más luz que tu sombra dorada  
donde brotan anillos de una hierba sombría.  
En mi sangre, fielmente por tu cuerpo abrasada,  
para siempre es de noche: para siempre es de día.

**Hijo de la luz y de la sombra** <sup>59</sup>

I

*(Hijo de la sombra)*

Eres la noche, esposa: la noche en el instante  
mayor de su potencia lunar y femenina.  
Eres la medianoche: la sombra culminante  
donde culmina el sueño, donde el amor culmina.

Forjado por el día, mi corazón que quema  
lleva su gran pisada de sol adonde quieres,  
con un solar impulso, con una luz suprema,  
cumbre de las mañanas y los atardeceres.

Daré sobre tu cuerpo cuando la noche arroje  
su avaricioso anhelo de imán y poderío.  
Un astral sentimiento febril me sobrecoge,  
incendia mi osamenta con un escalofrío.

El aire de la noche desordena tus pechos,  
y desordena y vuelca los cuerpos con su choque.  
Como una tempestad de enloquecidos lechos,  
eclipsa las parejas, las hace un solo bloque.

La noche se ha encendido como una sorda hoguera  
de llamas minerales y oscuras embestidas.  
Y alrededor la sombra late como si fuera  
las almas de los pozos y el vino difundidas.

Ya la sombra es el nido cerrado, incandescente,  
la visible ceguera puesta sobre quien ama;  
ya provoca el abrazo cerrado, ciegamente,  
ya recoge en sus cuevas cuanto la luz derrama.

La sombra pide, exige seres que se entrelacen,  
besos que la constelen de relámpagos largos,  
bocas embravecidas, batidas, que atenacen,  
arrullos que hagan música de sus mudos letargos.

Pide que nos echemos tú y yo sobre la manta,  
tú y yo sobre la luna, tú y yo sobre la vida.  
Pide que tú y yo ardamos fundiendo en la garganta,  
con todo el firmamento, la tierra estremecida.

El hijo está en la sombra que acumula luceros,  
amor, tuétano, luna, claras oscuridades.  
Brotan de sus perezas y de sus agujeros,  
y de sus solitarias y apagadas ciudades.

El hijo está en la sombra: de la sombra ha surgido,  
y a su origen infunden los astros una siembra,  
un zumo lácteo, un flujo de cálido latido,  
que ha de obligar sus huesos al sueño y a la hembra.

Moviendo está la sombra sus fuerzas siderales,  
tendiendo está la sombra su constelada umbría,  
volcando las parejas y haciéndolas nupciales.  
Tú eres la noche, esposa. Yo soy el mediodía.

## II

*(Hijo de la luz)*

Tú eres el alba, esposa: la principal penumbra,  
recibes entornadas las horas de tu frente.  
Decidido al fulgor, pero entornado, alumbra  
tu cuerpo. Tus entrañas forjan el sol naciente.

Centro de claridades, la gran hora te espera  
en el umbral de un fuego que el fuego mismo abrasa:  
te espero yo, inclinado como el trigo a la era,  
colocando en el centro de la luz nuestra casa.

La noche desprendida de los pozos oscuros,  
se sumerge en los pozos donde ha echado raíces.  
Y tú te abres al parto luminoso, entre muros  
que se rasgan contigo como pétreas matrices.

La gran hora del parto, la más rotunda hora:  
estallan los relojes sintiendo tu alarido,  
se abren todas las puertas del mundo, de la aurora,  
y el sol nace en tu vientre donde encontró su nido.

El hijo fue primero sombra y ropa cosida  
por tu corazón hondo desde tus hondas manos.  
Con sombras y con ropas anticipó su vida,  
con sombras y con ropas de gérmenes humanos.

Las sombras y las ropas sin población, desiertas,  
se han poblado de un niño sonoro, un movimiento,

que en nuestra casa pone de par en par las puertas,  
y ocupa en ella a gritos el luminoso asiento.

¡Ay, la vida: qué hermoso penar tan moribundo!  
Sombras y ropas trajo la del hijo que nombras.  
Sombras y ropas llevan los hombres por el mundo.  
Y todos dejan siempre sombras: ropas y sombras.

Hijo del alba eres, hijo del mediodía.  
Y ha de quedar de ti luces en todo impuestas,  
mientras tu madre y yo vamos a la agonía,  
dormidos y despiertos con el amor a cuestas.

Hablo y el corazón me sale en el aliento.  
Si no hablara lo mucho que quiero me ahogaría.  
Con espliego y resinas perfume tu aposento.  
Tú eres el alba, esposa. Yo soy el mediodía.

### III

*(Hijo de la luz y de la sombra)*

Tejidos en el alba, grabados, dos panales  
no pueden detener la miel en los pezones.  
Tus pechos en el alba: maternos manantiales,  
luchan y se atropellan con blancas efusiones.

Se han desbordado, esposa, lunarmente tus venas,  
hasta inundar la casa que tu sabor rezuma.  
Y es como si brotaras de un pueblo de colmenas,  
tú toda una colmena de leche con espuma.

Es como si tu sangre fuera dulzura toda,  
laboriosas abejas filtradas por tus poros.  
Oigo un clamor de leche, de inundación, de boda  
junto a ti, recorrida por caudales sonoros.

Caudalosa mujer: en tu vientre me entierro.  
Tu caudaloso vientre será mi sepultura.  
Si quemaran mis huesos con la llama del hierro,  
verían qué grabada llevo allí tu figura.

Para siempre fundidos en el hijo quedamos:  
fundidos como anhelan nuestras ansias voraces:  
en un ramo de tiempo, de sangre, los dos ramos,  
en un haz de caricias, de pelo, los dos haces.

Los muertos, con un fuego congelado que abrasa,  
laten junto a los vivos de una manera terca.  
Viene a ocupar el hijo los campos y la casa  
que tú y yo abandonamos quedándonos muy cerca.

Haremos de este hijo generador sustento,  
y hará de nuestra carne materia decisiva:  
donde sienten su alma las manos y el aliento  
las hélices circulen, la agricultura viva.

Él hará que esta vida no caiga derribada,  
pedazo desprendido de nuestros dos pedazos,  
que de nuestras dos bocas hará una sola espada  
y dos brazos eternos de nuestros cuatro brazos.



No te quiero a ti sola: te quiero en tu ascendencia  
y en cuanto de tu vientre descenderá mañana.  
Porque la especie humana me han dado por herencia,  
la familia del hijo será la especie humana.

Con el amor auestas, dormidos y despiertos,  
seguiremos besándonos en el hijo profundo.  
Besándonos tú y yo se besan nuestros muertos,  
se besan los primeros pobladores del mundo.

**[Sonreír con la alegre tristeza del olivo]** <sup>60</sup>

Sonreír con la alegre tristeza del olivo,  
esperar, no cansarse de esperar la alegría.  
Sonriamos, doremos la luz de cada día  
en esta alegre y triste vanidad de ser vivo.

Me siento cada día más libre y más cautivo  
en toda esta sonrisa tan clara y tan sombría.  
Cruzan las tempestades sobre tu boca fría  
como sobre la mía que aún es un sopro estivo.

Una sonrisa se alza sobre el abismo: crece  
como un abismo trémulo, pero batiente en alas.  
Una sonrisa eleva calientemente el vuelo.

Diurna, firme, arriba, no baja, no anochece.  
Todo lo desafías, amor: todo lo escalas.  
Con sonrisa te fuiste de la tierra y el cielo.

## **Orillas de tu vientre** <sup>61</sup>

¿Qué exaltaré en la tierra que no sea algo tuyo?  
A mi lecho de ausente me echo como a una cruz  
de solitarias lunas del deseo, y exalto la orilla de tu vientre.

Clavellina del valle que provocan tus piernas.  
Granada que ha rasgado de plenitud su boca.  
Trémula zarzamora suavemente dentada  
donde vivo arrojado.

Arrojado y fugaz como el pez generoso,  
ansioso de que el agua, la lenta acción del agua  
lo devaste: sepulte su decisión eléctrica  
de fértiles relámpagos.

Aún me estremece el choque primero de los dos;  
cuando hicimos pedazos la luna a dentelladas,  
impulsamos las sábanas a un abril de amapolas,  
nos inspiraba el mar.

Soto que atrae, umbría de vello casi en llamas,  
dentellada tenaz que siento en lo más hondo,  
vertiginoso abismo que me recoge, loco  
de la lúcida muerte.

Túnel por el que a ciegas me aferro a tus entrañas.  
Recóndito lucero tras una madreSelva  
hacia donde la espuma se agolpa, arrebatada  
del íntimo destino.

En ti tiene el oasis su más ansiado huerto:  
el clavel y el jazmín se entrelazan, se ahogan.  
De ti son tantos siglos de muerte, de locura  
como te han sucedido.

Corazón de la tierra, centro del universo,  
todo se atorbellina con afán de satélite  
en torno a ti, pupila del sol que te entreabres  
en la flor del manzano.

Ventana que da al mar, a una diáfana muerte  
cada vez más profunda, más azul y anchurosa.  
Su hálito de infinito propaga los espacios  
entre tú y yo y el fuego.

Trágame, leve hoyo donde avanzo y me entierro.  
La losa que me cubra sea tu vientre leve,  
la madera tu carne, la bóveda tu ombligo,  
la eternidad la orilla.

En ti me precipito como en la inmensidad  
de un mediodía claro de sangre submarina,  
mientras el delirante hoyo se hunde en el mar,  
y el clamor se hace hombre.

Por ti logro en tu centro la libertad del astro.  
En ti nos acoplamos como dos eslabones,  
tú poseedora y yo. Y así somos cadena:  
mortalmente abrazados.

## **Nanas de la cebolla** <sup>62</sup>

[Dedicadas a su hijo a raíz de recibir una carta de su mujer en la que le decía que no comía más que pan y cebolla.]

La cebolla es escarcha  
cerrada y pobre:  
escarcha de tus días  
y de mis noches.  
Hambre y cebolla,  
hielo negro y escarcha  
grande y redonda.

En la cuna del hambre  
mi niño estaba.  
Con sangre de cebolla  
se amamantaba.  
Pero tu, sangre,  
escarchada de azúcar,  
cebolla y hambre.

Una mujer morena  
resuelta en luna  
se derrama hilo a hilo  
sobre la cuna.

Ríete, niño,  
que te tragas la luna  
cuando es preciso.

Alondra de mi casa,  
ríete mucho.  
Es tu risa en los ojos  
la luz del mundo.  
Ríete tanto  
que en el alma, al oírte,  
bata el espacio.

Tu risa me hace libre,  
me pone alas.  
Soledades me quita,  
cárcel me arranca.  
Boca que vuela,  
corazón que en tus labios  
relampaguea.

Es tu risa la espada  
más victoriosa,  
vencedor de las flores  
y las alondras.  
Rival del sol.  
Porvenir de mis huesos  
y de mi amor.

La carne aleteante,  
súbito el párpado,  
y el niño como nunca  
coloreado.

¡Cuánto jilguero  
se remonta, aletea,

desde tu cuerpo!

Desperté de ser niño:

nunca despiertes.

Triste llevo la boca.

Ríete siempre.

Siempre en la cuna,

defendiendo la risa

pluma por pluma.

Ser de vuelo tan alto,

tan extendido,

que tu carne parece

cielo cernido.

¡Si yo pudiera

remontarme al origen

de tu carrera!

Al octavo mes ríes

con cinco azahares,

con cinco diminutas

ferocidades.

Con cinco dientes

como cinco jazmines

adolescentes.

Frontera de los besos

serán mañana,

cuando en la dentadura

sientas un arma.

Sientas un fuego  
correr dientes abajo  
hincando el centro.

Vuela niño en la doble  
luna del pecho:  
él, triste de cebolla,  
tú, satisfecho.  
No te derrumbes.  
No sepas lo que pasa  
ni lo que ocurre.

### **Notas a los poemas**

1. De Perito en lunas, 1933.
- 2 a 4. Fragmento del auto sacramental Quien te ha visto y quien te ve, 1934.
- 5 a 8. No recogido en libro. Corresponde a la producción de 1933 o 1934.
- 9 a 24. Sonetos de los libros Imagen de tu huella, El silbo vulnerado y El rayo que no cesa. De aquellos que existen dos versiones se ha tomado la que figura en el último, 1934 a 1936.
25. De El rayo que no cesa, 1936.
26. Canción que pertenece a una escena del drama Los hijos de la piedra, escrito en prosa, con algunos poemas intercalados, 1935.
- 27 y 28. No incluidos en libro. Época: 1935 o 1936.
29. Del libro Viento del pueblo, 1937.
- 30 y 31. Fragmentos de sendos parlamentos pertenecientes a la obra teatral El labrador de más aire, 1937.
32. Fragmento del drama Pastor de la muerte, 1937. En estos versos está ya la idea de la mujer como símbolo de amor proyectado hacia el futuro, que se plasmará poco después (1938) en la última estrofa del poema «Hijo de la luz, hijo de la sombra» con mayor altura lírica y más rotundo patetismo.
- 33 y 34. Del libro El hombre acecha, 1938.
35. No recogido en libro. Publicado por primera vez en la revista Papeles de Son Armadans, núm. LXIX, diciembre 1961. Puede atribuirse a la primera época del Cancionero y romancero de ausencias, 1938-1939, dentro del cual se halla incluido en mi edición de la Obra poética completa de Miguel Hernández (introd., estudios y notas de Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia, Alianza Edit., Madrid, 1982).
- 36 a 52. De Cancionero y romancero de ausencias, 1938-1941.
53. De Cancionero y romancero de ausencias, 1938-1941. Canción incluida asimismo en el drama Pastor de la muerte (1937).
54. Pertenece al grupo de poemas no incluidos en libro escritos en

tre 1937 y 1939.

55 y 56. De Cancionero y romancero de ausencias, 1938-1941. 57. De «Poemas últimos».

58 y 59. Del grupo de poemas no incluidos en libro escritos entre 1937 y 1939.

60. De «Poemas últimos».

61. Incompleto entre los borradores póstumos, recogido por Guerrero Zamora en Miguel Hernández, poeta (1910-1942), cit. En Obra poética completa, ed. cit., se incluye dentro del grupo de poemas no incluidos en libro escritos entre 1937 y 1939.

62. De Cancionero y romancero de ausencias, 1938-41. -